

LIII

EXPLICACIONES.

Al oír aquella voz, Cipriana y M. José se habían separado uno de otro vivamente.

Se volvieron hacia la puerta y se encontraron cara á cara con el conde Loredano de Puysaie.

— ¿No es verdad, continuó este en el mismo tono de mordaz ironía, que vos no le habríais dicho eso, M. de la Cruz?

M. José quiso responder, pero el conde le cortó la palabra con un gesto, y exclamó:

— Basta. Acabo de saber esta misma mañana, por medio de un anónimo, la infamia del desgraciado que acaba de morir, y al venir aquí, os confieso que tenía una ligera esperanza de oír contradecir semejante noticia.

— ¡Ah! por desgracia, suspiró Cipriana, esa infamia no es sino demasiado cierta.

— Esa infamia, continuó el conde dirigiéndose á M. José, vos acabais de decir que la sabíais.

— La sabia.

— ¡Y me decíais que erais mi amigo! ¡Y no me la habeis descubierto en tiempo oportuno!...

— Motivos imperiosos que yo no puedo revelaros todavía, exigian que guardase silencio.

— Pues si vos no me podeis decir esos motivos, me permitiréis que yo trate, al menos, de descubrirlos.

— Como gustéis, señor conde; pero temed el llegar á ser injusto.

El tono de la voz de M. José era tan claro, su mirada tan serena y limpia, que Loredano se sintió casi persuadido.

— No se miente cuando se habla y se mira de tal modo, pensaba interiormente; ó este hombre es calumniado, ó su maldad y disimulo tocan en lo infinito.

Sentía despertarse en él su antigua simpatía por M. José, mas viva que nunca, y habria dado todo en el mundo por quedar convencido de su inocencia.

— Escuchad, dijo con voz cuya entonacion se habia dulcificado extraordinariamente, he causado una vez la desgracia y la deshonra de mi hija, y mi deber exige que redoble ahora mi vigilancia y mi cuidado. Yo no os condeno, ni aun os acuso: seria el hombre mas dichoso del mundo en ver resaltar vuestra inocencia á la faz del mundo, para poder tener el derecho de concederos alta y descubiertamente delante de todos el nombre que yo os daba ya en mi interior; poder, en fin, llamaros mi hijo.

Demasiado visible está el que Cipriana os ama, que acepta cuanto la decís; concibo muy bien el que eso sea así, y no la reconvengo por ello. Si el amor no fuese todo confianza y todo ceguedad muchas veces, no seria amor verdadero.

Pero por lo que á mí me concierne, tengo necesidad de ser mas severo y precavido, y no puedo abandonarme á los impulsos afectuosos de una ciega simpatía, y hé aquí por qué, M. José, me tomo la libertad de interrogaros, suplicándoos, en nombre de lo que os sea mas caro y mas sagrado, que respondais á mis preguntas con la misma franqueza con que yo os las haré.

M. José hizo un ademán con la mano que queria decir: — Preguntad.

— Esta carta, continuó Loredano, tiene el mismo origen, y me viene por el mismo conducto misterioso que otra que me dirigieron relativa á madama de Puysaie. He reconocido la letra. La primera carta no me engañó. Dios quiera que la segunda no sea mas que una mentira. Además dé las noticias que me da, por desgracia bien tardías, respecto á ese desgraciado Matifay, me da tambien otras particulares relativas á vos.

Respecto á estos informes y noticias, yo no quiero mas que vuestra palabra por respuesta: decidme, en primer lugar, el nombre de M. José de la Cruz ¿es realmente vuestro verdadero nombre?

Cipriana, que conocia que en este momento se jugaba la suerte y la felicidad de su vida, no respiraba, por decirlo así, y estaba como suspendida de los labios de M. José, ansiosa y al mismo tiempo temerosa de oír sus palabras.

M. José respondió clara y noblemente:

— Ese nombre no es el mio.

— ¿Cuál es pues, entonces, vuestro origen?

— No lo sé, respondió con la misma firmeza y sencillez.

— ¿Y el origen de vuestra fortuna?

— No tengo fortuna personalmente mia: mi riqueza aparente no es mia. Es un depósito, y el dueño de esta riqueza me indica el uso que debo hacer de ella, el modo de emplearla.

— ¿Y el dueño de esa riqueza?

— No puedo nombrarlo.

El conde estrujó violentamente el papel que tenía entre sus manos.

— Vos mismo acabais de pronunciar vuestra sentencia, le dijo. La delacion anónima que yo queria poner en duda, no contiene contra vos cargos ni aseveraciones mas graves que las que vos mismo acabais de confirmar con vuestra declaracion...

¡Ah! si... continuó, y ya veremos si acerca de este particular os mostrais tan franco como acabais de serlo sobre los otros. Esta carta dice que el casamiento de mi hija con el baron ha sido el resultado directo de vuestras intrigas y de las de vuestros cómplices. Afirma que el objeto y fin secreto de esta intriga era el de hacer recaer la fortuna de Matifay sobre Cipriana, para tenerla de este modo mas á vuestro alcance.

M. José estuvo vacilando algunos momentos antes de responder; pero esta vez tambien, levantando la cabeza, sin el menor rubor ni empacho, y con la mirada serena y exenta de fanfarronería, contestó:

— Yo no sé mentir, señor conde, y por mas que yo sienta y conozca el peso y la influencia desfavorable para mí que pueda tener en vuestras decisiones mi respuesta, no cederé en nada, ni faltaré á la verdad. Todas esas aseveraciones son ciertas.

— Entonces, exclamó Loredano, sorprendido de la actitud de M. José, sin poder explicársela, y atribuyéndola á una discrecion inverosímil ó á una cinica bachillería; entonces, ¿qué quereis que yo piense?... ¿qué quereis que yo crea?

— Yo no tengo, respondió M. José, ningun pensamiento, ni ninguna creencia que imponeros. Me preguntais sobre hechos que yo confieso son exactos, y habiéndoos prometido deciros la verdad completa, os la he dicho. En cuanto á los motivos misteriosos que me han impulsado á obrar como lo he hecho, y no de otra manera, son un secreto que no es mio solamente, y hoy no puedo revelarlo.

Con todo, os prevengo una cosa. Os ruego que suspendais vuestro juicio acerca de mi conducta, y que no tengais gran confianza en la pureza de los motivos que han impulsado á mi delator anónimo. Os lo repito, hoy me es imposible el justificarme, aun cuando pudiera hacerlo con una palabra, con una palabra sola; pero esta palabra no soy yo el que debe pronunciarla.

Dentro de algunos dias, de algunas semanas á lo mas, esta justificacion vendrá por sí misma; justificacion brillante, si; y yo cuento, señor conde, con la benevolencia casi paternal que me habeis manifestado; cuento con la confianza casi sobrenatural que me ha manifestado vuestra señora hija, hasta este dia, para que no paseis á decidir de mi suerte hasta dentro de algunas semanas, ó tal vez, de algunos dias.

Dichas estas palabras, M. José se inclinó profundamente, primero ante Cipriana, despues ante el conde, y salió de la estancia con paso firme y aire desembarazado.

Loredano le siguió un momento con la vista; y como su flaco ó su manía de toda la vida habia sido el carácter ligero y burlon que predominaba en él, no pudo menos de resumir la situacion, pronunciando el famoso dicho de Beaumarchais:

— ¿Qué es esto?... ¿A quién se engaña aquí?

Volviéndose hacia Cipriana, que se hallaba toda trémula y pálida á consecuencia del resultado serio que habia tenido la escena que acababa de pasar, le tomó las manos con efusion y ternura paternal:

— ¿Me perdonas tú, querida Cipriana? le preguntó.

— ¡Oh! padre mio, exclamó, estoy segura, sí, estoy segura de que es inocente.

— Yo hago todos los esfuerzos posibles para creerlo así, respondió Loredano frunciendo el entrecejo, puesto que, ya lo veo bien, tu dicha depende de su inocencia. Veo que le amas tanto, hija mia, mi pobre y querida hija, que si no fuese mas que pobre y sin nombre, abjuraria inmediatamente mi ambicion de riquezas y mis escrúpulos de nobleza, y uniendo vuestras manos, os diria: «Sed dichoso, sed dichosa, y trata de olvidar, en medio de tu dicha, todo el mal que yo te he hecho.»

Pero siendo pobre, arroja el oro á puñados; no teniendo

nombre, se reviste con un nombre y título de nobleza; y el ejemplo del coronel Fritz ha sido para mí una enseñanza y una leccion muy rudas, para que yo las olvide en mucho tiempo.

En fin, M. José nos ha prometido una justificacion brillante; esperemos esa justificacion. Sin embargo, hasta el dia en que venga, si es que llega á venir, es preciso que tú hagas el sacrificio completo de tu amor.

Tú sabes sufrir, pobre hija mia, y me has hecho ver cuán animosa eres contra el sufrimiento, y lo que me anima hoy á pedirte y á exigir de tí, en caso necesario, ese nuevo sacrificio, es el que esta vez yo tengo á mi conciencia por garantía, y que no soy guiado por ningun interés personal; no me mueve á obrar así mas que el deseo de tu dignidad y de tu dicha.

— Sí, sí, padre, respondió Cipriana sollozando; no necesitais ordenármelo, porque yo he conocido desde el primer momento, y conozco, aun antes de que me hablaseis, que yo no podia conducirme de otro modo.

Pero os juro, sí, os juro que él es inocente.

— ¡Dios lo quiera! dijo el conde.

Dió algunas vueltas por el cuarto con pasos agitados, y volviéndose hacia su hija, le dijo:

— No es este el único sacrificio que tengo que pedirte hoy, Cipriana.

Habeis comprendido que esta fortuna deshonrosa no puede quedar en nuestra casa, ¿no es verdad? Guardándola nosotros despues de saber de donde procede y del modo que ha sido adquirida, nos haria, por decirlo así, cómplices de ese miserable.

— Lo he comprendido, padre, y en el momento mismo en que habeis llegado, respondió Cipriana, manifestaba á M. José mis deseos de entregársela á un heredero legítimo de los Rancogne, ó, á falta de ese heredero, consagrarla enteramente á fundaciones piadosas y obras de caridad.

— Y M. José ¿qué ha respondido?... preguntó el conde.

— Que eso estaba muy bien hecho. Ya veis que no ha sido guiado, ni impulsado por un vil interés: ya veis que es inocente.

LIV

UNA JORNADA DE M. GIGANT.

Despues de haber arrojado en el Sena la llave del oratorio, Gigant no desperdió su tiempo.

¿Qué iba á hacer de aquel papel tan precioso, segun su dicho, que habia guardado en el bolsillo?... todavía lo ignoraba, porque no habia arreglado un plan fijo; pero lo que sabia bien era que, cualquiera cosa que fuese necesario hacer, era preciso hacerla inmediatamente.

Se hallaba ya demasiado empeñada la partida, á aquella hora, para andar con vacilaciones, ni dilatorias: llegaría á ganarla aquel que se diese mas prisa.

Empezaba á germinar una idea en su cerebro furbado, y esta idea se iba desarrollando cada vez mas claramente.

Semejante al general de un ejército que reúne en masa sus fuerzas, y ve en su imaginación los movimientos de las del enemigo al mismo tiempo que los de las suyas propias, combinaba, al mismo tiempo, el ataque y la defensa.

Si no hubiese pensado mas que en la última, la tarea habría sido fácil.

Estaba moral y físicamente convencido de que Elena no podría salir de la tumba en donde la había encerrado. El solo á quien tenía que temer era á M. José.

Pero este debía creerle á él en estado de completa imposibilidad de obrar, es decir, que ni aun pensaría siquiera en molestarle.

Nada mas natural entonces, ni mas fácil que el apoderarse de los fondos de la asociación de que él era director, y de marcharse con ellos á tentar fortuna á un país extranjero.

Pero la facilidad con que había obtenido su primera tentativa, había hecho crecer de punto su ambición.

Algunas horas antes, todo su anhelo estaba limitado á poder escaparse, pero ahora quería pelear y triunfar.

La perspectiva de los millones de Matifay que tenía tan cerca de la mano y que él podría adquirir, le hacía venir el agua á la boca, como vulgarmente se dice, y era una idea muy tentadora para él.

Se decidió á hacer por último una tentativa, aun á riesgo de ser derrotado, como aquellos jugadores furiosos, que acalorados por el juego, arrojan sobre el tapete verde los últimos recursos que les quedan, aventurando toda su fortuna contra una pistola, ó un cordel para ahorcarse si no se levantan la tapa de los sesos.

Cuando llegó á la mitad del jardín de las Tullerías, se vió obligado á detenerse para tratar de coordinar un poco la multitud de ideas que pululaban en su imaginación. Se sentó en un banco, sacó del bolsillo el precioso documento sobre el que fundaba todas sus esperanzas, y lo leyó otra vez con la mayor atención.

Había en aquel pliego reunidos diferentes documentos con sus correspondientes sellos, firmados y legalizados en toda regla. Partidas de bautismo con certificado de casamiento, y una fé de defunción.

Gigant examinó escrupulosamente cada uno de estos papeles; y volviéndolos á colocar despues en su cartera, se levantó con una sonrisa en los labios.

Y al mismo tiempo se relamía aquellos labios del mismo modo que hace una fiera que olfatea su presa.

Había arreglado su plan.

Sin la menor vacilación, se encaminó con paso rápido hácia la punta ó esquina de San Eustaquio.

M. Gosse, nuestro antiguo conocido, tenía abierta ya su covachuela y el « lobo querido », que había obtenido el perdón por completo de su « adorada Bebella », había vuelto á ejercer sus funciones de escribiente memorialista.

Al ver llegar á Gigant se estremeció, pensando en que iba á tratar de comprometerlo de nuevo en algun mal negocio; pero el amigo Hércules tenía la llave de oro que abre los corazones y hace espumar la cabeza; así fué que el buen memorialista no se hizo de rogar mas que el tiempo necesario para hacerse pagar caro sus servicios.

Gigant y él estuvieron encerrados solos en la covachuela sobre una media hora, y al cabo de este tiempo, el hombre de negocios salió de ella llevando en su mano, á manera de trofeo, una carta con el sobre para el conde Loredano de Puysaie.

Esta carta tenía por objeto: primero, el comprometer la influencia de M. José con el conde, y segundo, el producir otro efecto que nuestros lectores conocerán mas adelante.

Despues de franqueada la carta y puesta en el correo, Gigant se metió en un coche y se hizo conducir á casa del doctor Toinon.

Serian como cosa de las nueve de la mañana.

El afeminado Hipócrates estaba durmiendo todavía; pero hubiera sido preciso estar muerto para no haberse despertado y acudido á los furiosos y repetidos campanillazos de Gigant.

La criada fué á abrir. — Toinon tenía una criada, muy bonita por cierto, — y apenas fué abierta la puerta, Hércules entró como un torbellino y se dirigió al dormitorio del médico.

— ¡Vamos arriba! le gritó, ya no es tiempo de dormir á fé mia, cuando nuestros pescuezos se hallan amenazados de un inminente peligro.

Por un instinto muy natural, el médico querido de las damas se llevó las manos á la parte indicada por su amigo.

— ¿Pues qué hay?

— Vístete pronto; despáchate y luego hablaremos.

Toinon sacó una despues de otra sus piernas de la cama envueltas en calzoncillos de franela.

— Pero en fin, se aventuró á decir, sería preciso saber...

Gigant lo interrumpió echándole una mirada terrible.

— Basta, basta, mi buen amigo, ya me visto.

Y en efecto, Toinon empezó á vestirse.

¡Oh vosotras musas de los peluqueros, de los corseteros, de los sastres y de los pedicuros! á vosotras sería preciso invocaros en este momento para describir, segun el asunto lo merece, lo que el doctor Toinon llamaba hacer su tocador.

Pero el drama nos apremia y nos impide detenernos ante este cuadro interesante, segun convendría hacerlo.

Y del mismo modo de pensar era Gigant que iba, venia por el cuarto y se agitaba como un oso en la jaula, mientras el doctor se arreglaba y rejuvenecía tiñéndose la barba y los cabellos, frotándose las uñas con la piedra pómez y perfumándose con esencia de muselina.

En fin, luego que concluyó la importante obra de su tocador, el doctor apareció en toda su frescura y esplendor vestido con pantalon color claro de perla, casaca azul turquí con botones de oro, chaleco blanco, las manos cubiertas

con guantes finos de cabritilla de color de mantequilla fresca, y un junquito con puño de oro y nácar en la mano.

— Vamos, vamos, dijo Gigant, estaremos mejor allá abajo para hablar, tengo á la puerta el coche.

El « allá abajo » de Gigant era su despacho de la calle de Montmartre.

Luego que llegaron al santuario de la razón social « H. Gigant y Compañía », los dos amigos se encerraron y tomaron todas sus precauciones para librarse de las importunidades é indiscreciones de los dependientes y del viejo cajero.

En seguida, hizo sentar á su lado al alibarado doctor, y le empezó á contar en voz baja una larga relación.

Esta relación no debía ser muy del agrado de Toinon, puesto que á pesar de los coloretos, sus mejillas se pusieron lívidas y se hundieron profundamente.

Luego que Gigant acabó su relación, el doctor se enderezó como si fuese movido por un resorte.

Hércules se había quedado sentado muy tranquilamente en su sillón verde de director de la empresa, y medio vuelto hácia Toinon, cruzando los brazos sobre el respaldo, le dijo:

— Y ahora, ¿qué es lo que decidimos?

— A fé mia, respondió el amable médico, tú decidirás por tu parte todo lo que te plazca, amigo mio; en cuanto á mí, yo decido ahora mismo el irme á encargar un coche de posta, corriendito.

Gigant alzó los hombros con desden.

— Ya tenemos tiempo, dijo muy tranquilamente.

— ¡Pardiez! exclamó el doctor mordiendo furiosamente el remate de cornalina de su bastoncillo, tú lo arreglas todo con tu « ya tenemos tiempo. » ¿Sabes tú á quién me haces recordar? á Juan Bart, ni mas ni menos.

— Fumando su pipa sentado sobre un barril de pólvora, ¿no es eso? pues bien, él no dejó de dar una sola chupada, y el barril no saltó.

— Pues fuma á tu gusto cuanto quieras, pero fuma solo; á mí no me gusta el tabaco, es de mal género.

Y el doctor se dirigió hácia la puerta con toda la ligereza que se lo permitían sus canillas.

Ya tenía agarrado el picaporte, cuando Gigant lo llamó.

— ¿Qué quieres? respondió el médico.

— Hay algo bueno en tu idea, dijo su amigo en tono paternal, señalando con el dedo la caja que estaba colocada en un rincón del cuarto.

— ¿Tienes tú la llave? le preguntó.

Es preciso decir, para que se entienda mejor la relación, el modo como estaba constituida y dirigida la sociedad « H. Gigant y compañía. »

Esta empresa, contrabalanceada de una manera admirable, hubiera podido titularse con mucha propiedad: *Sociedad de desconfianza mútua.*

Cuando formaba parte de ella, el coronel Fritz era el corredor principal; Gigant el director en jefe sin intervención de ninguna especie, y Toinon era, no el cajero, sino la ceradura de la caja.

Como nunca tomaba parte en el manejo de los fondos de

la caja, y que nunca podía acercarse á esta caja, ni abrirla sino en presencia de sus consocios, le habían dado una alta prueba de confianza haciéndole depositario de la llave.

Sacó aquella bienaventurada llave del bolsillo de su chaleco, y los dos asociados abrieron la caja.

Contenia algunas centenas de mil francos, los mismos que Nini Moustache había arrojado un día con tanto desden y desprendimiento á la cara de Gigant.

LV

EL CAFÉ BADOCHÉ.

Toinon se quedó deslumbrado al ver el contenido de aquella caja confiado á su inalterable probidad.

— Partamos, dijo Gigant con nobleza.

El doctor había extendido ya su mano de comadron, larga, delgada como una pata de ganso, hácia los paquetes de papeletos sedosos y las columnas de monedas de oro, cuando tuvo que retirarla vivamente dando un grito de dolor.

— Un poco de paciencia, amigo, le dijo Gigant, dándole un fuerte golpe con la regla en sus dedos demasiado largos; antes de hacer este reparto, es menester que hablemos un poquito y nos pongamos de acuerdo.

En seguida, se fué á sentar muy tranquilamente en su sillón, y el doctor se volvió también á colocar dócilmente á su lado.

La caja había quedado abierta, y de vez en cuando, y como para tomar aliento, el doctor le echaba una mirada al soslayo, á semejanza de lo que hacen los niños enfermos que, mientras están tomando la medicina amarga, no separan su vista de la golosina que les van á dar despues, para hacerles olvidar el sabor desagradable.

Gigant hablaba en voz baja, pero con firmeza y tono de autoridad, como aquel que impone condiciones y dicta órdenes.

El doctor se arriesgaba de vez en cuando á decir con timidez: « Pero, sin embargo, amigo mio... » ó alguna otra palabra semejante; mas Gigant, con una mirada arrogante, magnetizaba é intimidaba á Toinon y lo obligaba á callarse.

Luego la caja estaba allí abierta... ¡y aquella caja tenía una fisonomía tan seductora!...

¿Qué valía, sin embargo, todo lo que contenía aquella caja, en comparación de los millones con que doraba y adornaba su relación Gigant? En la caja no había sino algunas miserables centenas de mil francos, y Gigant hablaba de millones...

El doctor, sin embargo, era un sabio, y pensaba como La Fontaine: « Un toma vale mas que dos te dará »; pero dos « tú tendrás » valen mas que nada.

Y la última palabra de Gigant fué:

— Todo ó nada.

El pobre doctor se vió obligado á aceptar aquel « todo », á pesar de su horror instintivo por los peligros y por las aventuras.

Luego que los dos asociados se pusieron de acuerdo, hicieron la repartición del modo mejor que fué posible, billete por billete, y rollo de luisés.

Vuelta á cerrar la caja escrupulosamente, salieron juntos los dos compadres hablando de cosas indiferentes, como buenos amigos. Creo que Gigant encargó á los dependientes que previniesen á las gentes que se presentasen en las oficinas, que se ausentaba para un viaje corto, y no estaria de vuelta sino dentro de algunos dias.

Y en caso de desgracia, Gigant contaba hallarse bien lejos al cabo de ocho dias.

El carruaje estaba esperando á la puerta. Eran las once de la mañana.

Hércules y Toinon subieron al coche y se hicieron conducir á la calle de la Harpe.

En esta calle era en donde brillaba, como una flor en un arroyo, un elegante establecimiento muy frecuentado por los estudiantes del décimoquinto año, y que tenia por título: *Café Badoche*.

Durante el dia, este lugar de delicias no llamaba la atención del público por ninguna cosa extraordinaria. Veíanse solamente una muestra en la que estaban pintados, al fresco, dos tacos cruzados, sosteniendo en su centro tres bolas de billar formando pirámide, y en los escaparates de la puerta algunas filas de botellas multicolores, y varios comestibles de no muy agradable aspecto.

Por la noche se encendía sobre la puerta un farol con vidrios rojos, como los que hay para indicar la comisaria de policía del barrio; lo cual daba lugar á que algunos de los parroquianos bromistas llamasen indiferentemente al dueño del establecimiento, unas veces Badoche, y otras Comisario.

En este mismo café precisamente, frecuentado por tan honrosa clientela, era en donde nuestro memorialista Gosse encontraba la cerveza deliciosa.

Sin embargo, la parte interior del establecimiento no correspondía, ni con mucho, á la reputación de que gozaba.

Se componía de una pieza oblonga adornada con medallones pintados, sin duda, por algun pintor-vidriero de cabeza ligera, en los que se veían figuras con trajes escotados hasta el último extremo. Al lado de madama Dubarry figuraban unos bigotes y una nariz monstruosa que, por su fealdad misma, fué una notabilidad de la época, y ha pasado á la posteridad inmortalizada en una pipa.

Desde el momento en que se entraba, se sentía un olor acre que se agarraba á la garganta; especie de perfume complejo, y resultado de la mezcla de otros varios perfumes, cuyo análisis hubiera desesperado al químico mas hábil, perfume que solo despues de haberlo estado disfrutando por algun tiempo, se llegaba á conocer era resultado del humo del tabaco, el olor de la sopa de berzas y del aguardiente quemado.

Pero lo que daba fama á este café y hacia que no tuviese competidor, asegurando y perpetuando su boga, era Badoche, el grande, el único Badoche.

Badoche, el jubilado de la Cabaña y del Prado, el precursor de Brididi, el atrevido inventor de la coreografía romántica, un Delacroix, un Victor Hugo en su género.

En lo físico, era un hombrecillo delgado, acartonado, ligero como una mosca, con el rostro arrugado como el de una vieja, con una voz atiplada y chillona como la de un organillo para enseñar á cantar pájaros, y por añadidura, con un movimiento nervioso continuo y muy particular en sus rodillas.

En cuanto á lo moral, era la personificación misma de la inmoralidad. Por lo demás, guapo chico, como se dice; así es que este buen Comisario nunca se negaba á jugar una partida de billar, — porque era tan diestro de manos como de piernas, — ni se desdeñaba de alternar con los bonetillos amarillos, verdes, azules y rojos de los estudiantes del primer año.

Daba lecciones particulares de *cancan* en las casas, y en la suya enseñaba los rudimentos del juego de billar.

No hablaremos de la « dama de mostrador », que era una buena y gordiflona comadre que debió haber servido de modelo al pintor de los medallones para el retrato de la Dubarry, segun lo daban á entender sus bigotes.

Delante de Badoche todo palidecía y se eclipsaba, como les sucede á las estrellas, que por brillantes que sean, desaparecen de la vista tan pronto como el sol empieza á presentarse en el horizonte.

No habia mas que una sola personalidad en el café que pudiese contrabalancear la del ilustre coreógrafo, y esta notabilidad tenia por nombre José María Tarantas.

Este era, á fé mia, un gallardo mozo, alto, fuerte, con espaldas anchas, grandes ojos azules que hacían ponerse pensativas á algunas de las mujeres del barrio latino, que eran capaces de pensar todavía, cuando alzaban sus ojos y conseguían disipar por un momento los vapores del disgusto, de la vergüenza y del desprecio de sí mismas en que, por lo general, se hallaban envueltas, como en una espesa niebla.

Habia habido, ¿cuándo?... — quizás hacia ya mucho tiempo de eso, — habia habido una época en que tuvo sus momentos de brillo, tal vez algunos años que debieron ser bien pesados para él, por cierto; algunos años de juventud, porque á pesar del estado de degradación en que se hallaba, se veían todavía señales, en su rostro ajado, de su antigua belleza.

Una madre tierna y cuidadosa debió haber peinado y alisado, con cierto orgullo, sus hermosos cabellos rubios, que descuidados y en el mayor desorden ahora, se parecían mas bien á cerdas que á pelos. ¡Con qué ternura y cariño habia besado su pobre madre aquella frente hermosa y tersa, surcada ahora por precoces arrugas, aquellos labios sonrosados abrasados por el alcohol, y aquellas mejillas hundidas por el hambre y el vicio!

A Tarantas le gustaban las bromas; pero no le gustaba que hablasen de su madre.

Dos ó tres bromistas de mala especie, habiendo llegado á saber aquel flaco ó manía, habían tenido un dia la *humorada* de hacer la experiencia. Y aquel dia hubo dos costillas rotas y un brazo dislocado en el café Badoche.

Tarantas era fuerte como un toro, manso como un cordero cuando los vapores alcohólicos no venían á exasperar el furor y enfado permanente que tenia contra sí mismo, el cual, en aquel caso, se volvía naturalmente contra los demás.

En otro tiempo no le faltaba inteligencia; habia obtenido el primer premio en el colegio, habia sido laureado por aclamación, y prometía ser un mozo de provecho sobre el cual se fundaban grandes esperanzas.

Pero hoy él era el primero que trataba de matar su inteligencia, embruteciendo el alma en provecho del cuerpo, tanto como le era posible; así es, que este prosperaba que era un gusto verlo. Comía como cuatro y bebía como diez, con glotonería, como un buitre; pero en cambio, no pagaba ni aun por uno.

Y á pesar de esto, el amigo Badoche, que nunca se enfadaba ni perdía su buen humor mas que cuando se trataba de cuentas no pagadas, no se quejaba por eso, al contrario, mas hubiera querido perder el mejor y el mas puntual en el pago de sus parroquianos, que separarse de su amigo Tarantas.

Es verdad que este era su brazo derecho, su poder ejecutivo, en una palabra, su cirineo. Badoche mandaba, y Tarantas ejecutaba.

¿Se armaba alguna disputa en el establecimiento?... pues allá iba Tarantas. ¿Ocurria alguna traba-cuenta en el mostrador?... pues en seguida gritaba la Dubarry: ¿A dónde está M. Tarantas?... y al oír este nombre temible, todo se arreglaba.

Luego, ademas de ejercer las funciones de jefe de la policía en el café Badoche, Tarantas prestaba otros servicios que tenían su valor.

En ausencia del ex-cantante, Tarantas le reemplazaba como maestro de billar; y él era generalmente el que presidia el juego por la noche. Durante el dia, su mesa, colocada en el rincón izquierdo del salón, jamás estaba desocupada, y se jugaban en ella numerosas partidas de *ecarté* que, por un fenómeno de física peculiar á los establecimientos de este género, se convertían en botellas de cerveza y en copas de ajénjo.

Tarantas bebía por tres, y los que perdían, pagaban. Y todo esto hacia marchar los negocios á las mil maravillas.

Si se nos pregunta la causa de haberse extinguido aquella inteligencia, de haberse desfigurado aquel hermoso cuerpo tan bello y elegante como el de Antinoo, de haberse embrutecido y envilecido aquella alma dotada de delicadeza y elevados sentimientos, hasta el punto de no saber ya discernir entre el bien y el mal, nosotros no responderemos mas que una sola palabra: diremos que aquella transformación tan radical y completa era debida al *empresario de vicios*; era la obra de Gigant.

LVI

JOSÉ MARÍA TARANTAS.

José María Tarantas era hijo de una honrada y decente familia de provincia. Su padre, que murió muy joven, le dejó por herencia tres alquerías, situadas entre Dournazac y San Mateo; y ademas, cierto fondo ó capital de reserva; todo lo cual componía una grande extensión de terreno, pero una escasa riqueza.

Las tierras cuestan poco en el Limosin, y en aquella época valían aun mucho menos que en el dia. Pero en definitiva, aunque pobre, José tenia con qué vivir holgadamente como un hidalgo campesino.

Con ocho yuntas de bueyes en el establo, doscientas cabezas con plumas y sin plumas en los corrales, cuatro perros en la perrera, y un buen caballo del país en la cuadra, si no con lujo, esto era, por lo menos, lo suficiente para pasarlo con cierta comodidad.

Algunas veces, entre un vaso de cerveza y una copa de aguardiente, José veía pasar delante de sus ojos todas estas cosas á través de la humeante luz de los quinqués.

Volvía á ver también á su madre, tal como estaba entonces, joven y hermosa con toda la bondad de su alma.

¡Pobre madre alucinada y ciega! Había querido que su hijo fuese un sabio, ó por lo menos, un hombre distinguido, y con este objeto habia enviado á José á educarse en un colegio; gastó que aminoraba extraordinariamente las cortas rentas de la viuda.

Y como los maestros de su hijo, viéndolo dotado de tan buenas disposiciones, le predicián un porvenir brillante, la buena señora se habia impuesto mayores privaciones, y no escaseaba los sacrificios por el bien de aquel hijo querido.

Y así envió á Tarantas á Paris.

Desde este momento fatal, la historia de José María se puede reasumir en algunas líneas. Es la historia vulgar de todos los que han destrozado y perdido su carrera por la holgazanería, el abandono y los vicios.

El patrimonio de Tarantas representaba, poco mas ó menos, un capital de unos doce mil duros, suma que en un país pobre como el Limosin, era una fortuna considerable. Y José María no creía que pudiese llegar nunca á tener fin.

Acostumbrado á ver satisfechos todos sus deseos, aun antes casi de expresarlos, no se privaba de nada.

Siendo generoso por naturaleza, y viviendo en medio de sus condiscipulos pobres la mayor parte, se conducía como si hubiese conocido el « Sésame, ábrete » de los cuentos de Ali-Baba.

Este « Sésame, ábrete », eran sus repetidas peticiones de dinero á su pobre y buena madre, que no sabia negarle nada.